



# JOLSTOMER:

Un análisis de las marcas de la disidencia en la  
construcción identitaria

***UBA – Literaturas eslavas – Cátedra López Arriazu***

Joaquín C. Fernández Cañete

### ***Jolstomer*: Un análisis de las marcas de la disidencia en la construcción identitaria**

La narrativa de Tolstói despliega un profundo conocimiento acerca de los distintos pliegues y flexiones de la moral rusa de su época. Su aguda capacidad de observación tiene un alcance superlativo ya que le permite hacer foco en dinámicas humanas injustas que, desde tiempos pretéritos, se presentan como postulados axiológicos que rigen el comportamiento de la vida en sociedad. El cuestionamiento de estos postulados, el intento de desestabilizar los posicionamientos que se acoplan con facilidad al orden hegemónico carente de fraternal sensibilidad, constituye, para El Conde, una misión humanista que, revestida de una clara pulsión cristiana, tiene como telos definitivo el surgimiento y desarrollo de un ethos pacifista, capaz de colocar al ser humano en plena reciprocidad con su prójimo y su entorno natural.

En *La historia de un caballo* (de aquí en más: *Jolstomer*), Tolstói se adentra en una temática que, al día de hoy -poco cambió la sociedad desde la época de Tolstói hasta ahora-, se apunta como una de las problemáticas que mayor expansión tiene al interior de las ciencias humanas y los estudios académicos, a saber: los cuerpos que se salen de los patrones imperantes. En efecto, la nouvelle puede ser entendida como una reflexión en torno al penoso derrotero que el equino protagonista arrastra a lo largo de toda su existencia debido a portar una singularidad física: ser un caballo pío. Esta disidencia corporal no solo opera como una marca caínica que condiciona por completo el posterior andamiaje del protagonista, sino que, también -y aquí entramos de lleno en el eje conceptual de este trabajo-, se constituye como parte indisoluble de su identidad puesto que el rechazo social sufrido por, y, a raíz de la misma, obtura toda posibilidad de una construcción identitaria que no sea la signada por la doxa hegemónica.

Con el objetivo de analizar y problematizar la relación existente entre las marcas disidentes y la conformación identitaria, nos proponemos detenernos en distintos pasajes de *Jolstomer* que sean esclarecedores de los diferentes alcances de esta conflictiva reciprocidad.

Desde el comienzo del relato, la voz de la narración hace permanente hincapié en dos elementos disidentes que, actuando como un ontológico binomio, perfilan los contornos actitudinales del derrotado protagonista: ser pío y castrado. En efecto, este binomio, como si se tratase de un símil del sacro cuerpo-espíritu, en el intolerante contexto en que

Jolstomer se desenvuelve, configura el carácter identitario del caballo: “Su expresión era en extremo seria y pensativa” (Tolstói, 2018: 8). De esta forma, con esta contundente presentación queda de manifiesto, de manera insoslayable, que las marcas disidentes que operan en su corporalidad solo pueden dar lugar a una subjetividad introspectiva que, con resignación, busca acomodarse lo mejor posible al hábitat desafortunado que le toca ocupar. Este último, la espacialidad en la que Jolstomer se desarrolla, es un establo, propiedad de un joven hacendado, en el que sus pares equinos manifiestan una vitalidad juvenil que contrasta, a todas luces, con su cansino y anquilosado proceder.

La falta de vitalidad que el protagonista presenta es una consecuencia directa de otro de sus rasgos disidentes: la vejez. Estado que, a su vez, es indispensable para que los cuerpos jóvenes no solo reafirmen su posición con respecto a los viejos, sino también, para que ejerzan el poder -en términos de Foucault (1999, 2000, entre otros)- que esa juventud les otorga. La yegua alazana que increpa y molesta a Jolstomer es la viva materialización de una juvenil corporalidad que busca eyectar del cuerpo social caballuno a todos aquellos que, por sus características, no cumplen con “las leyes tácitas y las tendencias hegemónicas que regulan lo decible y lo no decible en una sociedad dada” (Angenot, 2010: 22-25). La función de esta joven figura femenina es remarcar la vejez del protagonista, construir un nosotros excluyente.

Por otro lado, la relación que el excluido animal tiene con los humanos refuerza su posición identitaria subalterna. Esto se observa cabalmente cuando Néster, pastor que está a cargo del establo, lo golpea con el único propósito de afianzar su condición de amo coyuntural. Al mismo tiempo, y en lo que podría interpretarse como un ejercicio humanista que comprende las oscuras complejidades del alma humana, Jolstomer se muestra tolerante, casi paternal, cuando Néster, montado en su lomo, se sienta de lado produciéndole un intenso dolor en la zona más afectada de su pobre y decrepito cuerpo. El caballo entiende que Néster, al ser solo un peón de campo, necesita hacer uso de su disidente cuerpo equino para mitigar su frustración. El altivo posicionamiento que el peón adopta al montarlo no despierta en la víctima sentimiento de revancha alguno, por el contrario, brota en Jolstomer una postura axiológica que remite, de manera directa, a las bíblicas enseñanzas en torno a cómo conducirse frente al prójimo cuando nos ofende: la crística actitud de poner la otra mejilla y mantenerse siempre en la tolerancia. En línea con esta idea, López Arriazu sostiene lo siguiente: “Jolstomer es la determinación

histórica y de clase de Tolstói: tiene además el mérito de ser tal vez el primer caballo cristiano” (2023: 239).

Sin embargo, el bíblico caballo que opera como un heraldo de la prédica cristiana, está marcado a fuego por las cicatrices ontológicas que la disidencia inflige en él. A tal punto llega la plena consciencia de su carácter subalterno que, en el paroxismo del mismo, despliega una pulsión tanática que lo conduce a manifestar un comportamiento masoquista: “Pero, bueno, para mí no es nuevo esto de sufrir para que otros disfruten. Incluso he empezado a encontrar una especie de deleite equino en esto” (Tolstói, 2018: 12). De esta forma, las marcas de la disidencia obtienen un triunfo absoluto. El grado de penetración que tienen en la psiquis del caballo es tan contundente que, al excluido solo le queda aceptar la derrota sin cuestionamientos, mimetizarse con el dolor y, por medio de este acto, consumir un giro identitario que lo aproxime a congraciarse con aquel que usufructúa su posición hegemónica. Dicho de otro modo, desarrolla una identidad esclava, peor aún, una personalidad masoquista, fruidora del dolor.

Por otro lado, además de las principales marcas que lo conforman como un cuerpo disidente (ser pío, castrado y viejo), existen otras que complementan a estas primeras y cardinales: un bulto sumamente pronunciado en una rodilla, una extrema delgadez que hace que sus cuatro patas luzcan desproporcionadamente grandes, costillas que parecen desprenderse de su cuerpo, una llaga inflamada en su grupa, una cruz y un lomo que evidencian los estragos dejados por pretéritas palizas, una herida cerca de la cola, otra herida en una de las escápulas y constantes trastornos estomacales evidenciados en la suciedad de sus corvas traseras.

Con todo, resulta evidente que asistimos a la presencia de un cuerpo signado por las huellas propias de la disidencia. Este cúmulo de atributos disidentes es la muestra de otro rasgo identitario de Jolstomer: el de un cuerpo enfermo. Sin embargo, al no ser percibido como tal, al convivir con un entorno que no es capaz de detectar en él la enfermedad, se posiciona en el escalafón más bajo de los excluidos puesto que ni siquiera cuenta con la legitimación oficial de su enfermedad.

Su deplorable condición física no es la única razón por la cual sus pares equinos lo rechazan y marginan. Existe otro justificativo que, con importancia similar, se convierte en un elemento nodal en la postura que adopta el resto de los caballos: la siempre determinante condición social.

En efecto, al habitar un establo con yeguas y caballos destinados al fructífero negocio de las carreras, sus pares son purasangres, es decir, en el universo caballuno, representan a la aristocracia. Ser de esta clase social no solo implica tener las comodidades necesarias para llevar la vida que llevan los jóvenes equinos, sino también -y, tal vez, sea esto lo más importante-, poseer un linaje: adquirir la conciencia plena de que la existencia ontológica tiene como génesis un pretérito anclaje en la gloria y el fulgor.

Al desconocerse el origen familiar de Jolstomer -ya veremos cómo todo cambia cuando se revelen sus nobles raíces-, el aristocrático entorno equino se siente habilitado a ejercer, dada su condición hegemónica, la discriminación sobre el excluido.

En este sentido, la obra también puede pensarse como una reflexión alrededor del concepto de discriminación, puesto que abundan los pasajes en los cuales el pío castrado es víctima de esta injusticia.

Uno de los momentos discriminatorios culminantes toma lugar cuando, indignado por los continuos ataques de la joven yegua alazana y su amiga, el pío se decide a actuar sobre esta última lanzándole un defensivo tarascón. Acto seguido, toda la aristocracia considera que su proceder ha sido blasfemo, inapropiado para su clase social, y, aunados en el hecho de ser todos hijos del mítico Smetanka, deciden proteger a su hermana de sangre, es decir, actúan como una casta que busca erradicar al contaminante elemento exógeno. Para ello, para aleccionar a aquel disidente que tuvo la osadía de desestabilizar por un instante el inamovible orden social, se lanzan todos sobre él, atacándolo y mortificándolo. La reacción del discriminado disidente proyecta un nuevo rasgo identitario: la desesperación del oprimido que, impotente frente a sus agresores, solo puede añorar que su tormento concluya de una vez por todas. La siguiente cita refleja con claridad esta instancia: “El castrado ya no podía seguir soportando aquello, ni podía seguir esquivando los golpes. Se detuvo de pronto en mitad del patio y en su rostro se dibujó el enojo asquerosamente débil de la vejez impotente, y luego la desesperación” (Ídem ant.: 30).

La maldad de sus aristócratas congéneres está cimentada en un perverso ejercicio comparativo, en el cual, desde luego, los cuerpos hegemónicos contrastan sus cualidades con las de la víctima; como si necesitasen ser conscientes de este contraste a los efectos de reafirmar y consolidar sus triunfantes identidades: “Él era viejo y ellos jóvenes; él era flaco y ellos robustos; él era soso y ellos joviales. Por tanto, era un ser absolutamente ajeno, extraño, del todo distinto, y no había razón para compadecerlo” (Ídem ant: 26). Por consiguiente, es evidente que Tolstói se propone desenmascarar el discurso prototípico

de aquellos que construyen su identidad desde las confortables poltronas hegemónicas. Al mismo tiempo, el autor parece advertir que la disidencia, bajo los injustos parámetros axiológicos reinantes, coloca a quien la porta, automáticamente, en el lugar de aquel que es incompatible con el cuerpo social. Esta incompatibilidad, alimentada por un complejo maridaje entre el discurso y la institucionalidad, solo será desestabilizada en el momento en que, bajo una inflexión anagnórica, Jolstomer narre los acontecimientos acerca de su verdadero origen y linaje: instancia en la cual, al menos en la pura dimensión retórica, logrará abandonar su catábico presente, para edificar una anátesis existencial.

A partir del capítulo quinto se produce un cambio estructural en la *nouvelle*: la narración, que hasta entonces había estado a cargo de una tercera persona, ahora se traslada a una primera que tiene al propio caballo marginado como enunciador. Este movimiento le permite a Tolstói darle la palabra al derrotado para que haga su descarga. En efecto, el pío castrado, al apropiarse del aparato formal de la enunciación podrá dar a conocer su verdadera identidad anclada en orígenes nobles. Además, la estrategia narrativa de darle voz al caballo coloca, de forma incuestionable, al disidente en una perspectiva logocéntrica que le permite, en un claro movimiento reivindicatorio, ocupar la dimensión de la siempre hegemónica racionalidad; desplazando, por completo, cualquier vestigio de marginalidad que otrora tuviese. Por consiguiente, en esta suspensión de su antigua identidad disidente se perfila el surgimiento de una nueva identidad que, curiosamente, es la genuina y primigenia raigambre de nuestro equino protagonista.

Por otro lado, resulta necesario resaltar que, con la irrupción de la primera persona equina, no solo ingresamos en la mente del caballo, sino que también, este hecho fantástico conduce al relato a la zona de la fábula -los animales parlantes son un procedimiento definitivo de este género- y, con ella, Tolstói despliega una de las motivaciones predilectas y recurrentes de su narrativa: la vocación pedagógica, el pormenorizado ejercicio didáctico que, en aras de sacudir los corrompidos cimientos axiológicos de su época, siempre alcanza un estándar moral sumamente elevado. Con respecto a este giro pedagógico que transforma la identidad de Jolstomer en la de un docente que educa a su auditorio, López Arriazu hace la siguiente observación: “Cuando se dirija a la tropilla en sucesivas noches, más que contar su vida, les hablará como un filósofo que ha ‘ampliado el círculo de sus observaciones’” (2023: 238).

Una vez aclarado su origen noble, y como si el resto de su discurso dependiese de la legitimación de este acto, Jolstomer proyecta su vocación didáctica frente a un estupefacto auditorio equino que, sereno por tener la certeza de estar frente a un par, se predispone a escuchar con suma atención las enseñanzas del longevo pedagogo. Tolstói parece decirnos que, en la hipócrita sociedad rusa, la mancha disidente puede diluirse si, detrás de ella, se esconde un pasado aristocrático. A su vez, la revelación del verdadero estatus social del anciano produce un giro identitario: la vejez, que antes era motivo de burlas y escarnios, ahora es un signo de sabiduría. Esta última alcanza su máximo punto de expresión cuando, tras analizar el comportamiento de los seres humanos, el sabio anciano se detiene en el uso que las personas hacen del concepto de propiedad: “En aquel momento, no lograba entender qué significaba que yo fuera propiedad de una persona. Las palabras ‘mi caballo’, referidas a mí, un caballo vivo, me parecían tan extrañas como las palabras ‘mi tierra’, ‘mi aire’, ‘mi agua’” (Tolstói, 2018: 45).

La puesta en crisis del materialista concepto de propiedad implica un categórico pronunciamiento moral ya que el cuestionamiento de uno de los pilares axiológicos sobre el cual se erige la sociedad es, en efecto, el punto de partida sobre el cual Tolstói busca construir un nuevo encuadre conceptual que tenga como eje el pensamiento humanista y la doctrina cristiana.

La claridad conceptual con que Jolstomer se pronuncia con respecto a las distintas vicisitudes de su vida en lo referente a las relaciones intersubjetivas entre las personas y sus pares equinos está atravesada por las experiencias de su infancia y juventud. Esta zona de su vida es el epicentro de la narración cuando, en sucesivas noches, se dirigirá a su auditorio.

Al recordar sus inicios en un distinguido acaballadero, el protagonista repara en su condición de pío como el germen de todas sus desgracias posteriores. No obstante, en la siempre inocente niñez ignorante del alcance que los prejuicios tienen en el cuerpo social, el infante caballo manifiesta una pulsión vital propia de las pequeñas almas inquietas, en otras palabras, su identidad en tanto niño se encuentra signada por la alegría: es un caballo feliz. Sin embargo, esta felicidad no se prolongará por mucho tiempo. Su ingreso en la pubertad equina trae consigo el interés por las jóvenes yeguas, pero esta faceta de su nueva identidad masculina se verá obliterada por un suceso que, sumado a su condición de pío, se convertirá en la huella más palpable de su disidente corporalidad: la castración.

Con este acto vejatorio, que parece haber sido un castigo por sus manchas físicas y por manifestar abiertamente su deseo viril frente a una de las jóvenes yeguas, el joven sufre una mutación identitaria que lo aleja por completo de todo vestigio de felicidad: “Al día siguiente dejé de relinchar para siempre, me convertí en lo que soy ahora” (Ídem ant.: 41). La marca de la castración, epítome de la corporalidad masculina disidente, provoca en el castrado el repliegue de su pulsión vital juvenil y, con esta contracción biológica y existencial, su identidad varonil es reemplazada por un proceder contemplativo, en otras palabras, se convierte en un sujeto reflexivo. Al mismo tiempo, la castración, con todas sus implicancias, lo conduce hacia un planteo ontológico de suma trascendencia: no encuentra ningún sentido en manifestar las pulsiones más elementales de su comportamiento equino. Expresiones cotidianas como lanzar alguna coza, saltar o, simplemente, relinchar son, ahora, gestos irrelevantes. Ser un castrado, como nueva posición identitaria, implica carecer de un propósito claro para su vida. Con la pérdida de un telos ulterior, su futuro no solo se muestra incierto, sino que augura una vida plagada de frustraciones y rechazos.

Las primeras consecuencias de su nueva condición no se hacen esperar. Interpelado por una tropilla de yeguas que hacen ostensión de sus cuerpos saludables, Jolstomer, en lo que podría considerarse como el último aliento de su masculinidad, expulsa un breve relincho, pero el mismo carece de la fuerza necesaria para sacudir el conjunto de esas sensibilidades femeninas. Con triste amargura, y herido en lo más hondo de su disuelta hombría, experimenta cómo las altivas yeguas se desentienden de su presencia y lo perciben como un sujeto digno de las más variadas impresiones. El propio castrado ilustra este momento de la siguiente forma: “Era obvio que verme les provocaba repugnancia y compasión y vergüenza y, sobre todo, risa” (Ídem ant.: 42).

El cúmulo de sensaciones que el castrado, en tanto cuerpo disidente, genera en el conjunto de las féminas puede ser pensado desde las coordenadas conceptuales que Judith Butler sostiene en *Cuerpos que importan*. La tesis central que atraviesa la obra de la filósofa es que, en la sociedad, siempre hay marcas de cómo, bajo el paradigma heteronormativo en el cual vivimos, existen cuerpos que valen más que otros. De esta forma, es evidente que los cuerpos que responden a las leyes oficiales de la heteronormatividad pasan a ser de mayor importancia que los que no acatan esas leyes. Los disidentes, los que se salen de esa inflexible categorización normativa, son cuerpos



desechados, son objetos de blasfemia e injuria; lo que la propia autora denomina *cuerpos abyectos*. (2005: 38-39).

Finalmente, Jolstomer narra el periplo que siguió al término de su salida del prestigioso acaballadero. Su cuerpo fue propiedad de distintos amos que se encargaron, cada uno a su manera, de degradar paulatinamente su ánimo e integridad física. En sintonía con la conocida tesis de Jean Jacques Rousseau, de quien Tolstói se considerara admirador, cada uno de los dueños que se sucedieron en esta etapa de su vida representan a distintos sectores de la sociedad rusa: diferentes institucionalidades que terminaron de estropear lo poco que quedaba del otrora descendiente de los míticos Liubezny I y Baba. El militar, con el cual desarrolla un apego rayano en el masoquismo, es el causante de su decisivo quebranto físico; un comerciante bajo cuya tutela se mantienen las penurias; una señora muy próxima a la iglesia; un tratante; y finalmente un campesino tan cruel como los anteriores. En este punto, puede decirse que, al pasar de un dueño a otro, el caballo convierte su identidad en la de una mercancía cuyo único objeto es la circulación permanente. El carácter nómade de este proceso finaliza de la peor forma: Jolstomer es vendido, por una miseria, al actual establo desde el cual está narrando su trágica vida.

El acto sacrificial, que concluye con el cuerpo del caballo convertido en alimento para lobos, consuma la derrota definitiva de quienes, desde el nacimiento, padecen las penurias de no pertenecer a las estructuras hegemónicas que separan lo reglamentario de lo excluido.

## Referencias bibliográficas

Angenot, M. (2010). *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Siglo XXI Editores.

Butler, J. (2005). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. Paidós.

Foucault, M. (1999). *Estética, ética y hermenéutica*. Paidós.

Foucault, M. (2000). *Un diálogo sobre el poder*. Alianza Editorial.

López Arriazu, E. (2023). *Identidades. Ensayos de literatura eslava*. Dédalus.

Tolstói, L. (2018). *La historia de un caballo*. Acantilado.